

# UNA PRECAUCIÓN A LOS PRESUNTUOSOS

## Volumen 1 – Sermón No. 22

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL SÁBADO 13 DE MAYO DE 1855,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN EXETER HALL, STRAND**

*Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga”  
1Corintios 10:12*

Es un hecho singular, pero sin embargo muy seguro, que los vicios son las falsificaciones de las virtudes. Siempre que Dios envíe de la ceca del cielo una moneda preciosa de metal genuino, Satanás imitará la impresión y proferirá una producción vil sin valor. Dios da amor, es Su naturaleza y Su esencia. Satanás también crea una cosa que él llama amor, pero es lujuria. Dios otorga coraje. Y es bueno poder mirar a los demás a la cara, sin miedo a todos los hombres en el cumplimiento de nuestro deber. Satanás inspira el descarado, lo califica como coraje y le pide al hombre que se apresure a la boca del cañón en busca de "reputación de burbuja".

Dios crea en el hombre un temor santo. Satanás pone incredulidad y a menudo confundimos lo uno con lo otro. Entonces, con la mejor de las virtudes, la gracia salvadora de la fe, cuando llega a su perfección, madura en confianza, y no hay nada tan cómodo y deseable para el cristiano como la plena seguridad de la fe. Por lo tanto, encontramos a Satanás, cuando ve esta buena moneda, inmediatamente toma el metal del abismo, imita la imagen celestial y la inscripción de la seguridad y nos cubre con el vicio de la presunción.

Tal vez nos asombramos, como cristianos calvinistas, de encontrar a Pablo diciendo: "El que cree estar firme, mire que no caiga", pero no debemos asombrarnos. Tenemos un gran derecho a creer que estamos firmes si pensamos que estamos firmes mediante el poder de Dios, pero no podemos tener demasiada confianza en el poder del Altísimo porque hay algo tan parecido a la verdadera confianza que, a menos que usemos el mayor discernimiento, no podemos notar la diferencia. PRESUNCIÓN IMPÍA: es contra lo que debo hablar esta mañana.

No me malinterpreten. No pronunciaré una palabra contra la fe más fuerte. Desearía que todos los de Poca Fe fueran Fuerte en Fe, que todos los Temores se hicieran Valientes por la Verdad y los Listos para Detener a los ágiles pies de Asahel, que pudieran correr en el trabajo de su Maestro. No hablo en contra de la fe fuerte o la plena seguridad. Dios nos la da, es lo más sagrado y más feliz que puede tener un cristiano, y no hay un estado tan deseable como el de poder decir: "Sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día".

No es en contra de lo que hablo. Te advierto contra esa cosa malvada, una falsa confianza y presunción, que se arrastra sobre un cristiano como el frío sueño de la muerte en la cima de la montaña, de la cual, si no se despierta, como Dios verá que lo será, la muerte será consecuencia inevitable. "El que cree estar firme, mire que no caiga". Esta mañana intentaré primero descubrir el personaje. El personaje es el hombre que cree estar de pie. El peligro es que caiga. Y el consejo es, "que tenga cuidado".

1. Mi primera tarea será DESCUBRIR EL CARÁCTER pretendido por el hombre presuntuoso, el hombre que piensa que está firme. Podría encontrar una multitud de tales si pudiera buscar en todo el mundo. Podría encontrar hombres en los negocios llenos de una osadía arrogante, que, debido a que en una especulación han tenido éxito, se adentrarán en el mar tempestuoso de esta vida en disputa, arriesgarán todo y también lo perderán. Podría mencionar a otros que, presumiendo su salud, pasan sus años en el pecado y sus vidas en la iniquidad porque piensan que sus huesos son de hierro y sus nervios de acero y "todos los hombres son mortales menos ellos mismos".

Podría hablar de hombres que se aventurarán en medio de la tentación, confiados en su poder jactancioso, exclamando con autocomplacencia: "¿Crees que soy tan débil como para pecar? Oh, no, me quedaré de pie. Dame el vaso. Nunca seré un borracho. Dame la canción. No me encontrarás como un juerguista de medianoche. Puedo beber un poco y luego puedo parar". Tales son hombres presuntuosos. Pero no voy a encontrarlos allí. Mi tarea esta mañana es con la Iglesia de Dios. El abanico debe comenzar con el piso, el aventar debe probar el trigo. Así que debemos aventar a la Iglesia esta mañana para descubrir lo presuntuoso.

No necesitamos ir muy lejos para encontrarlos. Hay en todas las iglesias cristianas hombres que piensan que están firmes, hombres que se jactan de un poder imaginario. Son hijos de la naturaleza finamente vestidos, pero no hijos vivos del Dios viviente, no han sido humillados ni quebrantados en espíritu, o si lo han sido, han fomentado la seguridad carnal hasta que se haya convertido en un gigante y pisoteado la dulce flor de la humildad bajo sus pies. Ellos piensan que están firmes.

Ahora hablo de cristianos verdaderos que, a pesar de todo, se han vuelto presuntuosos y se entregan a una seguridad carnal, que mi Maestro los despierte, mientras que en la predicación me esfuerzo por ir al centro y la raíz del asunto. Por un tiempo, expondré sobre las causas frecuentes de la presunción en un cristiano.

Y primero, una causa muy común es la continua prosperidad mundana. Moab se ha asentado sobre sus lías, no ha sido vaciado de un recipiente a otro. Dale a un hombre riqueza, deja que sus barcos traigan a casa cargas continuamente ricas, deja que los vientos y las olas parezcan ser sus sirvientes, para llevar sus vasijas a través del seno de la poderosa profundidad, que sus tierras rindan abundantemente; deja que el clima sea propicio para sus cultivos y los cielos sonrían gratamente sobre su empresa, deja que las bandas de Orión se suelten por él, deja que la dulce influencia de las Pléyades descienda sobre él, deja que el éxito ininterrumpido lo atienda. Permítele presentarse entre los hombres como un comerciante exitoso, como inmersiones principescas, como un hombre que está acumulando riquezas en gran medida, que siempre está prosperando o, si no es riqueza, que disfrute de una salud continua, no le hagas saber de enfermedad. Permítele con valentía y ojos brillantes para marchar por el mundo y vivir felizmente, dale un espíritu boyante. Deja que tenga una canción perpetuamente en sus labios y que sus ojos siempre brillen de alegría: el hombre feliz que se ríe de la preocupación y grita: "Vete, aburrida carga, te ruego que te vayas de mí". Digo que la consecuencia de tal estado para un hombre, que sea el mejor cristiano que jamás haya respirado, será la presunción. Y él dirá: "Estoy firme".

"En mi prosperidad", dice David, "dije, ¡nunca seré movido!" Y no somos mucho mejores que David, ni la mitad de buenos. Si Dios siempre nos meciera en la cuna de la prosperidad, si siempre estuviéramos en las rodillas de la fortuna, si no tuviéramos alguna mancha en el pilar de alabastro, si no hubiera algunas nubes en el cielo, algunas manchas en nuestro sol. Si no tuviéramos algunas gotas amargas en el vino de esta vida, deberíamos embriagarnos de placer, deberíamos soñar, "nos mantenemos firmes." Y deberíamos estar firmes, pero sería sobre un pináculo. Podríamos estar firmes, pero como el hombre dormido en el mástil, en cada momento deberíamos estar en peligro.

¡Bendecimos a Dios, entonces, por nuestras aflicciones! Le agradecemos por nuestras depresiones de espíritu. Alabamos su nombre por las pérdidas de nuestra propiedad, porque sentimos que, si no nos hubiera sucedido así, si no nos hubiera castigado todas las mañanas y nos hubiera molestado todas las tardes, podríamos habernos vuelto demasiado seguros. La prosperidad mundana continua es una prueba ardiente. Si es así con alguno de ustedes, aplique este Proverbio a su propio estado, "El crisol prueba la plata, y la hornaza el oro, Y al hombre la boca del que lo alaba".

Nuevamente, los pensamientos ligeros del pecado engendrarán presunción. Cuando nos convertimos por primera vez, nuestra conciencia es tan sensible que tememos al más mínimo pecado. He conocido a jóvenes conversos que casi temen avanzar un paso para no poner los pies en la dirección equivocada, le pedirán consejo a su ministro y nos presentarán casos difíciles de casuística moral, que apenas sabemos cómo responder. Tienen una timidez santa, un temor piadoso, no sea que ofendan a Dios, pero, por desgracia, muy pronto la fina flor de estos primeros frutos maduros se elimina por el manejo brusco del mundo circundante.

La planta sensible de la piedad joven se convierte en un sauce más adelante en la vida, demasiado flexible, demasiado fácil de ceder. Es tristemente cierto que incluso un cristiano se volverá tan insensible gradualmente, que el pecado que una vez lo sobresaltó y enfrió su sangre, no lo alarma en lo más mínimo. Puedo hablar desde mi propia experiencia, cuando escuché un juramento por primera vez, me quedé horrorizado y no supe dónde esconderme, sin embargo, ahora puedo escuchar una imprecación o una blasfemia contra Dios y aunque todavía me recorren las venas un estremecimiento, no existe ese sentimiento solemne, esa angustia intensa que sentí cuando escuché por primera vez palabras tan malvadas.

Gradualmente nos familiarizamos con el pecado. El oído en el que ha estado retumbando el cañón no notará leves sonidos. Los hombres que trabajan en esas enormes embarcaciones, cuyo martilleo causa un ruido inmenso, al principio no pueden dormir por el ruido continuo en sus oídos, pero poco a poco, cuando están acostumbrados, no piensan en ello. Así con el pecado. Primero, un pequeño pecado nos asusta, pronto decimos: "¿No es pequeño?", Como Lot hizo con Zoar. Luego viene otro, más grande y luego otro, hasta que poco a poco comenzamos a considerarlo como un pequeño enfermo. Y entonces sabes, viene una presunción impía y creemos que estamos firmes.

"No hemos caído", decimos, "solo hicimos una pequeña cosa. No nos hemos extraviado. Es cierto, tropezamos un poco, pero lo importante es que nos mantuvimos erguidos. Podríamos haber pronunciado una palabra impía, pero en cuanto a la mayor parte de nuestra conversación, fue coherente". Así que paliamos el pecado. Le ponemos un brillo, tratamos de ocultarlo. ¡Cristiano, cuidado! Cuando piensas ligeramente en el pecado te has vuelto presuntuoso. Presta atención, para que no te caigas. Pecado, ¿una cosita? ¿No es un veneno? ¿Quién sabe su letalidad? Pecado, ¿una cosita? ¿Acaso los pequeños zorros no estropean las vides? Pecado, ¿una cosita? ¿El pequeño insecto coralino no construye una roca que destruye una marina? ¿Acaso pequeños golpes no derribaron altos robles? ¿Las caídas continuas no desgastarán las piedras? Pecado, ¿una cosita? Ciñó su cabeza con espinas que ahora está coronada de gloria. Pecado, ¿una cosita? Le hizo sufrir angustia, amargura y aflicción hasta que soportó: "Todo lo que El Dios encarnado podía soportar, con la fuerza suficiente y sin escatimar nada".

No es poca cosa, señores. Si lo pesaras en la balanza de la eternidad, huirías de él como de una serpiente y aborrecerías la menor apariencia de maldad. Pero, por desgracia, los pensamientos sueltos del pecado a menudo engendran un espíritu presuntuoso, y creemos que nos mantenemos firmes.

Una tercera razón a menudo es, pensamientos bajos sobre el valor de la religión. Nosotros, ninguno de nosotros, valoramos lo suficiente la religión. El furor religioso, como se le llama, es objeto de burla en todas partes, pero no creo que haya tal cosa como el furor religioso en absoluto. Si un hombre pudiera ser tan entusiasta como para entregar su cuerpo para ser quemado en la hoguera, derramar sus gotas de sangre y convertir cada gota en una vida, y luego que la vida sea sacrificada en perpetuo martirio, no amaría demasiado a su Dios. Oh, no, cuando pensamos que este mundo no es más que un espacio estrecho, ese tiempo pronto se habrá ido y estaremos para siempre en la eternidad. Cuando consideramos que debemos estar en el infierno o en el cielo durante un estado interminable de inmortalidad, ¿cómo, señores, podemos amar demasiado?

¿Cómo podemos establecer un valor demasiado alto en el alma inmortal? ¿Podemos pedir un precio demasiado alto para el cielo? ¿Podemos pensar que hacemos demasiado para servir a ese Dios que se entregó por nuestros pecados? ¡Ah, no! Y, sin embargo, mis amigos, la mayoría de nosotros no considera suficientemente el valor de la religión, ninguno de nosotros puede estimar el alma correctamente. No tenemos nada con qué compararlo. El oro es polvo sórdido, los diamantes no son más que pequeños grumos de aire congelado que se pueden derretir. No tenemos nada con lo que comparar el alma, por lo tanto, no podemos decir su valor. Es porque no sabemos esto, que presumimos.

¿El avaro que ama su oro lo deja esparcido por el suelo para que su sirviente pueda robarlo? ¿No lo esconde en algún lugar secreto donde ningún ojo lo vea? Día tras día, noche tras noche, cuenta su tesoro porque le encanta. ¿Confía la madre su bebé a la orilla del río? ¿No piensa, mientras duerme, en eso? Y cuando está enfermo, ¿lo dejará al cuidado de una pobre enfermera que puede sufrir la muerte? ¡Oh, no! Lo que amamos, no lo desecharemos sin motivo. Lo que consideramos máspreciado, lo guardaremos con el más ansioso cuidado.

Entonces, si los cristianos supieran el valor de sus almas, si estimaran la religión a su ritmo apropiado, nunca presumirían. Pero los pensamientos bajos de Cristo, los pensamientos bajos de Dios, significan pensamientos del estado eterno de nuestras almas; estas cosas tienden a hacernos descuidadamente seguros. Presta atención, por lo tanto, a las ideas bajas del Evangelio, para que el Maligno no te sorprenda.

Pero, de nuevo, esta presunción a menudo surge de la ignorancia de lo que somos y de dónde estamos. Muchos cristianos aún no han aprendido lo que son. Es cierto, la primera enseñanza de Dios es mostrarnos nuestro propio estado, pero no lo sabemos completamente hasta muchos años después de haber conocido a Jesucristo. Las fuentes de las grandes profundidades de nuestros corazones no se rompen de una vez. La corrupción de nuestra alma no se desarrolla en una hora. "Hijo del hombre", dijo el ángel de Ezequiel, "te mostraré las abominaciones de Israel". Luego lo llevó por una puerta donde vio cosas abominables y se quedó horrorizado. "Hijo de hombre, te mostraré abominaciones mayores que estas". Luego lo lleva a otra habitación y Ezequiel dice: "Seguramente ahora he visto lo peor".

"No", dice el ángel, "te mostraré cosas mayores que estas". Entonces, durante toda nuestra vida, el Espíritu Santo nos revela la horrible abominación de nuestros corazones. Sé que hay algunos aquí que no piensan nada al respecto, piensan que son criaturas de buen corazón. Buenos corazones, ¿verdad? ¿Buenos corazones? Jeremías tenía un corazón mejor que tú, pero dijo: "El corazón es engañoso sobre todas las cosas y perverso; ¿quién lo conocerá?" No, la oscura lección no se puede aprender en una noche. Solo Dios conoce el mal del corazón. Y Young dice: "Dios evita a todos los ojos, excepto a los Suyos, esa horrible visión: la visión de un corazón humano". Si pudiéramos verlo, deberíamos quedar horrorizados. Es la ignorancia de esto lo que nos hace presumir.

Decimos: "Tengo una buena naturaleza, tengo una buena disposición. No tengo ninguna de esas pasiones ardientes y alteradas que algunos tienen, puedo mantenerme seguro. No tengo ese corazón seco y polvoriento que arde en un momento. Mis pasiones se debilitan, mis fuerzas para el mal se reducen un poco y puedo estar a salvo". Ah, ¡poco sabes que cuando hablas así, presumes, oh gusano del polvo! Aún no estás libre de una naturaleza malvada, porque el pecado y la corrupción permanecen en el corazón incluso de los regenerados. Y es extrañamente cierto, aunque parezca una paradoja, como dijo Ralph Erskine, que un cristiano a veces piense en sí mismo:

***"Al bien y al mal inclinados  
Y tanto un demonio como un santo".***

Hay tanta corrupción en un cristiano que, si bien es un santo en su vida y está justificado por Cristo, a veces parece un demonio en la imaginación y un demonio en los deseos y corrupciones de su alma. Presta atención, cristiano, tienes que estar en la torre de vigilancia. Tienes un corazón de incredulidad, por lo tanto, mira tanto de día como de noche.

Pero para terminar esta delineación de un hombre presuntuoso. El orgullo es la causa más significativa de presunción. En todas sus diversas formas, es la fuente de la seguridad carnal, a veces es orgullo de talento. Dios ha dotado a un hombre de dones, él cual es capaz de pararse ante la multitud o escribir para la mayoría, tiene una mente perspicaz, tiene un juicio y cosas por el estilo. Luego dice: "En cuanto a los ignorantes, los que no tienen talento, pueden caer. Mi hermano debería tener cuidado, pero mírame. ¡Cómo estoy envuelto en grandeza!". Y, por lo tanto, en su autocomplacencia, él piensa que está firme. Ah, esos son los hombres que caen. ¡Cuántos que ardieron como cometas en el cielo del mundo religioso se precipitaron al espacio y se apagaron en la oscuridad!

Cuántos hombres que se han presentado como un profeta ante sus semejantes y que exclamaban mientras se envolvían en su presunción: "Yo, solo yo estoy vivo. Soy el único Profeta de Dios". Y, sin embargo, ese único profeta cayó, su lámpara se apagó y su luz se apagó en la oscuridad. ¿Cuántos se han jactado de su poder y dignidad y han dicho: "He construido esta poderosa Babilonia"?, pero luego pensaron que estaban firmes y cayeron de inmediato? "El que cree estar en pie", con los talentos más orgullosos, "mire que no caiga".

Otros tienen el orgullo de la gracia. Ese es un hecho curioso, pero existe el orgullo de la gracia. Un hombre dice: "Tengo una gran fe, no me caeré. El pobre Poca Fe puede, pero yo nunca lo haré". "Tengo un amor ferviente", dice otro hombre, "puedo soportar, no hay peligro de que me vaya por mal camino. En cuanto a mi hermano allá, él es tan frío y lento que se caerá, me atrevo a decir". Dice otro: "Tengo una gran esperanza del Cielo y esa esperanza triunfará, purgará mi alma de los sentidos y del pecado, ya que Cristo el Señor es puro. Estoy a salvo". El que se jacta de gracia, tiene poca gracia de la que jactarse.

Pero hay algunos que lo hacen, que piensan que sus gracias los guardarán, sin saber que el arroyo debe fluir constantemente desde la fuente, de lo contrario, el lecho del arroyo pronto se secará y verás las piedras en el fondo. Si una corriente continua de aceite no llega a la lámpara, aunque hoy arda intensamente, mañana humeará y el olor será nocivo. Miren que no se gloríen ni en sus talentos ni en sus gracias.

Muchos son peores aún, piensan que no caerán por sus privilegios. "Tomo el sacramento, he sido bautizado de manera ortodoxa, como está escrito en la Palabra de Dios. Asisto a tal y tal ministerio, estoy bien alimentado, estoy gordo y floreciente en los atrios de mi Dios. Si yo fuera una de esas criaturas hambrientas que escuchan un evangelio falso, posiblemente podría pecar, pero, oh, nuestro ministro es el modelo de perfección. Estamos constantemente alimentados y engordados, seguramente nos mantendremos firmes". Así, en la complacencia de sus privilegios, corren hacia otros, exclamando: "Mi montaña se mantiene firme, nunca me moverán". Presta atención, presunción, presta atención.

El orgullo viene antes de una caída, y un espíritu altivo es el comienzo de la destrucción. Presta atención, observa tus pasos, porque donde el orgullo se arrastra es el gusano en la raíz de la calabaza, que hace que se marchite y muera. "El que cree estar firme", por orgullo de talento, o gracia, o privilegio, "mire que no caiga". Espero haber tocado algunos aquí. Confío en que la lanceta haya sido afilada. He tomado el bisturí y espero haber descubierto algo. ¡Oh ustedes, presuntuosos! Les hablo y lo haré la próxima vez que les advierta de su peligro.

II. Seré más breve sobre el segundo punto: EL PELIGRO. El que piensa que está firme corre peligro de caerse. El verdadero cristiano no puede sufrir una caída final, pero está muy inclinado a una falta horrible. Aunque el cristiano no tropezará para destruir su vida, puede romperse las extremidades. Aunque Dios ha encomendado a sus ángeles que lo guarden en todos sus caminos, sin embargo, no hay ninguna comisión para guardarlo cuando se extravía, y cuando se extravía, puede atravesar por muchos dolores.

Ahora debo tratar de darte la razón por la cual un hombre que piensa que está firme está más expuesto al peligro de caer que cualquier otro.

Primero, porque un hombre así en medio de la tentación seguramente será más o menos descuidado. Haga creer a un hombre que es muy fuerte y ¿qué hará? La pelea se está espesando a su alrededor. Sin embargo, él tiene su espada en su vaina. "Oh", dice él, "mi brazo es ágil y fuerte, puedo sacarlo y golpear ". Entonces quizás él se acueste en el campo, o duerma con pereza en su tienda. "Porque", dice él, "cuando escucho acercarse a los enemigos, tal es mi destreza y fuerza que puedo derribarlos por miles. Ustedes centinelas vigilan a los débiles. Vayan a los Listos para detenerse y a los Temerosos, y despiértenlos. Pero yo soy un gigante. Y una vez que tenga esta vieja espada de Toledo en mi mano, cortará el cuerpo y el alma. Cada vez que me encuentre con mis enemigos seré más que vencedor.

El hombre es descuidado en la batalla. Levanta su casco, como se dice que Goliat hizo y luego una piedra perfora su frente. Tira su escudo y luego una flecha penetra su carne, pondrá su espada en su vaina, luego el enemigo lo golpeará, y no estará preparado para resistir. El hombre que se cree fuerte está desprevenido. No está listo para evitar los golpes del Maligno y luego el veneno entra en su alma.

Una vez más, el hombre que piensa que está firme no tendrá cuidado de mantenerse alejado de la tentación, sino que se encontrará con ella.

Recuerdo haber visto a un hombre que iba a un lugar de diversión mundana, era profesor de religión, y le llamé: "¿Qué haces allí, Elías?". "¿Por qué me haces una pregunta cómo esa?" dijo él. Le dije: "¿Qué estás haciendo aquí, Elías? No vas a ir allí", dije. "Si yo estuviera allí, sé que debería cometer pecado. No debería importarme lo que la gente dijera al respecto, siempre hago lo que me gusta, hasta donde creo que es correcto. Dejo el dicho a cualquiera que le guste hablar de mí, pero este es un lugar peligroso y no podría ir allí impunemente".

"Ah", dijo él, "puedo. He estado antes y he tenido algunos pensamientos dulces allí. Me parece que amplía el intelecto. Eres de mente estrecha. No obtienes estas cosas buenas. Es un rico regalo, te lo aseguro. Yo iría si fuera tú". "No", le dije, "sería peligroso para mí, por lo que escucho, el nombre de Jesús se profana allí. Y se dice mucho que es totalmente contrario a la religión que creemos. Las personas que asisten allí no son las mejores y seguramente se dirá que los pájaros del mismo plumaje vuelan juntos".

"Ah, bueno", respondió, "quizás sea mejor que ustedes, jóvenes, se mantengan alejados. Yo soy un hombre fuerte, puedo ir", y se fue al lugar de diversión. Ese hombre, señores, era una manzana de Sodoma. Fue profesor de religión. Supuse que había algo podrido en el centro de ese mismo hecho. Y lo encontré así por experiencia, ya que el hombre era incluso un sensualista flagrante. Llevaba una máscara, era un hipócrita y no tenía la gracia de Dios en su corazón. Los hombres presuntuosos dirán que pueden caer en pecado, están tan llenos de fuerza moral, pero cuando un hombre te dice que es tan bueno, siempre lee sus palabras al revés y entiende que quiere decir que es tan malo como puede ser. El hombre seguro de sí mismo está en peligro de caer porque incluso correrá a la tentación con la confianza de que es fuerte y capaz de escapar.

Otra razón es que estos hombres fuertes a veces no usarán los medios de gracia y, por lo tanto, caen. Muy probablemente hay algunas personas aquí que nunca asisten a un lugar de culto. No profesan ser religiosos y estoy seguro de que se sorprenderían si les dijera que conozco a algunas personas profesas religiosas, aceptadas en algunas iglesias como verdaderos hijos de Dios, que aún tienen el hábito de mantenerse alejados de La Casa de Dios, conciben que están tan avanzados que no quieren. Sonríes ante algo así.

Cuentan con una experiencia tan profunda dentro. Tienen un volumen de dulces sermones en casa y se detienen a leerlos. No necesitan ir a la casa de Dios, porque son grandes y prósperos. Presumen que han recibido suficiente comida hace siete años para durar los próximos diez años, se imaginan que la comida vieja alimentará sus almas ahora. Estos son tus hombres presuntuosos. No se encuentran en la mesa del Señor, comiendo el cuerpo y bebiendo la sangre de Cristo en los santos signos de pan y vino. No los ves en sus armarios. No los encuentras buscando en las Escrituras con santa curiosidad.

Creen que se mantienen firmes, que nunca serán conmovidos, creen que los medios están destinados a cristianos más débiles. Y dejando esos medios, caen. No tendrán el zapato para poner sobre el pie y, por lo tanto, el pedernal los corta. No se pondrán la armadura y, por lo tanto, el enemigo los herirá, a veces casi hasta la muerte. En este profundo pantano de abandono de los medios, muchos profesores altivos han sido sofocados.

Una vez más, el hombre que tiene confianza en sí mismo corre un peligro temible, porque el Espíritu de Dios siempre deja al orgulloso. El espíritu amable se deleita en habitar en lugares bajos. La paloma santa llegó al Jordán, no leemos que haya descansado en Basán. El hombre sobre el caballo blanco cabalgaba entre los árboles de mirto, no entre los cedros. Los árboles de mirto crecían al pie de las montañas, los cedros en la cumbre de los mismos. Dios ama la humildad. El que camina con miedo y temblor, temiendo no desviarse, ese hombre es el que ama el Espíritu.

Pero una vez que el orgullo se infiltra y el hombre declara: "Ahora no estoy en peligro", se va la paloma, vuela al cielo y no tendrá nada que ver con él. Almas orgullosas, apagan el Espíritu. Ustedes hombres arrogantes, entristecen al Espíritu Santo. Él deja cada corazón donde mora el orgullo, aborrece ese espíritu maligno de Lucifer. No descansará con eso, no se demorará en su compañía. Aquí está su mayor peligro, ustedes orgullosos: que el Espíritu deje a aquellos que niegan su total dependencia de Él.

III. El tercer punto es EL CONSEJO. He estado exponiendo el texto, ahora quiero aplicarlo. Si mi Señor me lo permitiera, quisiera hablarles a sus almas y así mostrar el peligro de un hombre presuntuoso, lo cual les haría clamar al cielo para que murieran antes de lo que se supone. Que antes te encuentres entre aquellos que yacen postrados al pie de Cristo, temblando toda su vida, que entre aquellos que creen estar firmes y por lo tanto caen. Hombres cristianos, el consejo de la Escritura es: "Presten atención".

Primero, presta atención, porque muchos han caído. Mi hermano, podría llevarte a las salas de ese hospital donde hay cristianos enfermos y heridos, podría hacerte temblar. Te mostraría a uno, quien, por un pecado que ocupó no sólo un momento, está tan destrozado que su vida es una escena continua de miseria. Podría mostrarte a otro, un genio brillante, que sirvió a su Dios con energía que ahora, no es un sacerdote del diablo, es cierto, pero casi eso, sentado en la desesperación, debido a su pecado. Podría señalarte a otra persona que una vez estuvo en la Iglesia, piadosa y constante, pero que ahora se acerca a la misma casa de oración como si estuviera avergonzado de sí mismo.

Se sienta en un rincón remoto y ya no es tratado con la amabilidad que recibió anteriormente: los hermanos mismos sospechan porque los engañó mucho y trajo tanta deshonra a la causa de Cristo. Oh, ¿conoces el triste dolor que padecen los que caen? ¿Podrías decir cuántos han caído (y no han perecido, es cierto), pero todavía se han arrastrado en la miseria a lo largo de toda su existencia? Estoy seguro de que prestarán atención. Ven conmigo al pie de la montaña de la presunción, mira allí las formas mutiladas y retorcidas de muchos que una vez volaron con alas Icarianas en las regiones aireadas de la autoconfianza, pero allí yacen con los huesos rotos y la paz destruida.

Allí yace uno que tenía vida inmortal dentro de él. Mira cuán lleno de dolor aparece. Y se ve una masa de materia impotente. Él está vivo, es cierto, pero solo vivo. No sabes cómo algunos de los que entran al cielo son salvos, "como por fuego". Un hombre camina al cielo, se mantiene constante, Dios está con él y él es feliz en todo su viaje. Otro dice: "Soy fuerte, no caeré". Corre a un lado para arrancar una flor, él ve algo que el diablo ha puesto en su camino. Primero está atrapado en este pecado y luego en esa trampa. Y cuando se acerca al río, en lugar de encontrar ante él ese chorro de néctar del que bebe el cristiano moribundo, ve fuego por el que tiene que pasar, que arde sobre la superficie del agua.

El río está ardiendo y cuando entra, se incendia y se quema. La mano de Dios se levanta diciendo: "Vamos, vamos", pero cuando sumerge el pie en la corriente, encuentra el fuego que lo enciende y, aunque la mano lo agarra por el cabello y lo arrastra, se para a la orilla del cielo y grita: "Soy un monumento de la Divina misericordia, porque he sido salvado como por fuego". Oh, ¿quieren ser salvados por el fuego, cristianos? ¿No preferirías entrar al cielo cantando canciones de alabanza? ¿No lo glorificarías en la tierra y luego darías tu último testimonio con: "Victoria, victoria, victoria para El que nos amó"? ¿No preferirías cerrar los ojos en la tierra y abrirlos en el cielo? Si lo hicieras, suponte que no. "El que cree estar firme, mire que no caiga".

Una vez más, mi hermano, presta atención, porque una caída dañará mucho la causa de Cristo. Nada ha lastimado a la religión ni la mitad, ni la milésima parte, tanto como la caída del pueblo de Dios. Ah, cuando un verdadero creyente peca, ¿cómo lo señalará el mundo? "Ese hombre era un diácono, pero sabe cómo cobrar exorbitantemente, ese hombre era profesor, pero puede engañar tan bien como sus vecinos, ese hombre es un ministro y vive en pecado". ¡Oh, cuando los poderosos caen, es decir, "regocíjense abeto, porque el cedro ha caído", cómo se regocija el mundo! Se ríen por nuestro pecado, se regocijan por nuestras faltas, vuelan a nuestro alrededor y si pueden ver un punto en el que somos vulnerables, cómo van a decir: "Mira, estas personas santas no son mejores de lo que deberían ser".

Debido a que hay un hipócrita, los hombres dan por hecho que los demás son iguales. Escuché a un hombre decir, hace un momento, que no creía que hubiera una verdadera vida cristiana porque había descubierto a tantos hipócritas, le recordé que no podría haber hipócritas si no hubiera personas genuinas. Nadie trataría de falsificar billetes de banco si no hubiera billetes genuinos, nadie pensaría en pasar a un soberano malo si no hubiera una moneda de libra esterlina. Entonces, el hecho de que algunos sean hipócritas demuestra que hay algunos personajes genuinos, pero dejen que aquellos que son así, presten atención. Que siempre, en su conducta, tengan el anillo de oro verdadero. Permite que tu conversación se convierta en el Evangelio de Cristo, para que el enemigo no se aproveche de nosotros y difame el nombre de Jesús.

Y especialmente esto incumbe a los miembros de nuestra propia denominación, ya que a menudo se dice que las doctrinas que creemos tienen una tendencia a llevarnos al pecado. He oído afirmar claramente que esas altas doctrinas que amamos y que encontramos en las Escrituras son licenciosas, no sé quién tiene la osadía para hacer esa afirmación cuando consideran que los hombres más santos han creído en ellas. Le pregunto al hombre que se atreve a decir que el calvinismo es una religión licenciosa, qué piensa del carácter de Agustín, o de Calvino, o de Whitefield, que en épocas sucesivas fueron los grandes exponentes del sistema de gracia.

¿O qué dirá de esos puritanos cuyas obras están llenas de ellas? Si un hombre hubiera sido arminiano en esos días, habría sido considerado el más vil hereje que respira, pero ahora que hemos regresado a la vieja escuela, podemos rastrear nuestro linaje de los Apóstoles. Es esa línea de la gracia gratuita que atraviesa el sermón de los bautistas lo que nos ha salvado como denominación, si no fuera por eso, no deberíamos estar donde estamos. Podemos establecer un enlace de oro desde aquí hasta Jesucristo mismo a través de una sagrada sucesión de increíbles padres que sostuvieron estas gloriosas Verdades. Y podemos decirles, ¿dónde encontrarán hombres más santos y mejores en el mundo?

No nos da vergüenza decir de nosotros mismos que por mucho que seamos difamados y calumniados, no encontrarás personas que vivan más cerca de Dios que aquellos que creen que no son salvos por sus obras, sino solo por la gracia gratuita. Pero, oh, ustedes creyentes en la gracia gratuita, tengan cuidado, nuestros enemigos odian la doctrina, y si uno cae, "Ah, ahí", dicen, "vea la tendencia de sus principios". No, podríamos responder, vea cuál es la tendencia de su doctrina. La excepción en nuestro caso prueba que la regla es verdadera, que después de todo, nuestro Evangelio nos lleva a la santidad. De todos los hombres, los que tienen la piedad más desinteresada, la reverencia más sublime, la devoción más ardiente, son los que creen que se salvan por gracia, sin obras, por fe y que no de sí mismos, sino que es don de Dios. Cristiano, preste atención, no sea que Cristo sea crucificado de nuevo y sea puesto en abierta vergüenza.

¿Y ahora qué más puedo decir? Oh ustedes, amados míos, ustedes, hermanos míos, no piensen que están firmes, no sea que caigan. Oh, compañeros herederos de la vida y la gloria eterna, estamos marchando a través de esta fatigosa peregrinación. Y yo, a quien Dios ha llamado para predicarles, quisiera volverme afectuosamente hacia ustedes, pequeños, y decirles: estén atentos para que no caigan. Mis hermanos y hermanas, no tropiecen. Ahí está el pecado, ahí la trampa. He venido a recoger las piedras del camino y a quitar los escollos, pero, ¿qué puedo hacer a menos que, con el debido cuidado y precaución, ustedes mismos caminen con cautela?

Oh, hermanos míos, estén mucho más en oración que nunca, pasen más tiempo en adoración piadosa, lean las Escrituras con más seriedad y constancia, miren sus vidas con más atención, vivan más cerca de Dios, tomen los mejores ejemplos para su patrón, dejen que sus conversaciones recuerden al Cielo, dejen que sus corazones se perfumen con afecto por las almas de los hombres. Vive para que los hombres puedan conocer que has estado con Jesús y has aprendido de él, y cuando llegue ese día feliz cuando Aquel a quien amas diga: "Sube más alto", que sea tu felicidad escucharlo decir: "Ven, amado mío, has peleado una buena batalla, has terminado tu carrera y de ahora en adelante está guardada para ti una corona de justicia que no se desvanece".

¡Adelante, cristiano, procede con cuidado y precaución! ¡Adelante, con santo temor y temblor! Sigue adelante, con fe y confianza, porque no caerás. Lee el siguiente versículo de este mismo capítulo: "No permitirá que seas tentado más de lo que seas capaz de soportar, sino que, con la tentación, también abrirá un camino para escapar".

Pero tengo algunos aquí, tal vez, que quizás nunca vuelvan a escuchar mi voz. Y no dejaré ir a mi congregación, sea Dios ayudándome, sin decirles el camino de salvación. Señores, hay algunos de ustedes que saben que no han creído en Cristo. Si murieras donde ahora te sientas, no tienes ninguna esperanza de levantarte entre los glorificados en dicha. ¿Cuántos hay aquí que, si sus corazones pudieran hablar, deben testificar que están sin Dios, sin Cristo, y extraños de la comunidad de Israel?

Oh, déjame decirte entonces, qué debes hacer para ser salvo. ¿Tu corazón late fuerte? ¿Te afliges por tus pecados? ¿Te arrepientes de tus iniquidades? ¿Te volverás al Dios viviente? Si es así, este es el camino de la salvación: "El que crea y se bautice será salvo". No puedo revertir la orden de mi Maestro. Él dice: "cree", y luego "se bautizado". Y me dice que "el que no cree", ¡Oh, mis oyentes, sus obras no pueden salvarlos! Aunque he hablado con cristianos y les he exhortado a vivir en buenas obras, a ustedes no les hablo así. Te pido que no obtengas la flor antes de tener la semilla, no te pediré que consigas el techo de tu casa antes de poner los cimientos.

Cree en el nombre del Señor Jesucristo y serás salvo. Quien se arroje ahora como un gusano culpable sobre Jesús, quien se arroje en los brazos del amor eterno, ese hombre será aceptado. Atravesará esa puerta justificado y perdonado, con su alma tan segura como si estuviera en el Cielo, sin el peligro de que se pierda. Todo esto es a través de la fe en Cristo.

Seguramente no necesitas ningún argumento. Si pensara que lo sí, lo usaría. Me pararía y lloraría hasta que vinieras a Cristo. Si pensara que soy lo suficientemente fuerte como para traer un alma a Jesús, si pensara que la persuasión moral podría ganarlo, iría a cada uno de sus asientos y le suplicaría en nombre de Dios que se arrepintiera. Pero como no puedo hacer eso, he cumplido con mi deber cuando he profetizado a los huesos secos. Recuerda que nos veremos de nuevo. No me jacto de elocuencia ni talento y no puedo entender por qué vienes aquí, solo hablo y te digo lo que siento. Pero fíjate, cuando nos encontremos ante el tribunal de Dios, por muy mal que haya hablado, podré decirle que te dije: "Cree en el nombre de Jesús y serás salvo".

¿Por qué morirás, casa de Israel? ¿Es el infierno tan dulce, el tormento eterno es tan deseable que, por lo tanto, puedes soltar las glorias del cielo, la dicha de la eternidad? Hombres, ¿van a vivir para siempre? ¿O van a morir como irracionales? "¡Vivir!", Dices. Bueno, entonces, ¿no deseas vivir en un estado de dicha? ¡Oh, que Dios te conceda gracia para volverte a Él con pleno propósito de corazón! ¡Ven, culpable Pecador, ven! Dios te ayude a venir y seré bien recompensado si se agrega un alma al redil visible de Jesús, a través de cualquier cosa que haya dicho. Amén.

Adaptado de The C.H. Spurgeon Collection, Versión 1.0, Eges Software, 1.800.297.4307

*OREN PARA QUE EL ESPÍRITU SANTO USE ESTE SERMÓN*  
PARA TRAER MUCHOS A UN CONOCIMIENTO SALVADOR DE JESUCRISTO.